

NUEVA PRESENCIA

El periódico que desafió a la dictadura

El último libro de Hernán Dobry, "Los judíos y la dictadura", analiza el rol del periódico "Nueva Presencia" en la resistencia contra el autoritarismo. Aquí, un anticipo.

El rol de la prensa durante la última dictadura ha generado numerosos debates en el país. Tanto es así que hasta la presidenta de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, organizó lo que llamó un juicio popular frente a la Casa Rosada, donde acusó a algunos de medios de comunicación de haber sido cómplices de los militares.

Sin embargo, tanto ella como quienes se han encargado de investigar la actuación de los medios en esos años y la historia de los diarios y revistas nacionales, han omitido mencionar la actuación que tuvo el periódico judío Nueva Presencia, uno de los mayores luchadores por los derechos humanos de esos tiempos.

Esta decisión da por tierra con la frase que inmortalizó el músico rosarino Litto Nebbia en su tema **Quien quiera oír que oiga**: "Si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir quiere decir que hay otra historia, la verdadera historia".

La publicación fundada por el periodista Herman Schiller fue una de las ganadoras de la batalla contra la dictadura militar. Sin embargo, ha sido condenada al olvido.

La "verdadera historia", tal como se cuenta hasta ahora, es distorsionada e incompleta, algo que saca a la luz por primera vez el libro **Los judíos y la dictadura: Los desaparecidos, el antisemitismo y la resistencia**, de Hernán Dobry, que **La Voz del Interior** adelanta en forma exclusiva.

Desde su primer número, Nueva Presencia buscó romper el esquema tradicional de las publicaciones judías, más acostumbradas a los relatos de las actividades internas de la colectividad que a hablar de política.

Esta situación, que le ha tocado vivir a Schiller y a Nueva Presencia durante los últimos 20 años, los han convertido en los primeros desaparecidos del relato oficial que se está intentando escribir sobre lo acontecido en esos años. Además, lo pone en una situación similar a la que le tocó vivir al periodista Jorge Lanata cuando la presidenta Cristina Kirchner evitó nombrarlo durante la celebración de los 25 años del diario **Página/12**, que él mismo había fundado.

Resulta extraña esta omisión ya que entre los colaboradores de Nueva Presencia se encontraban personajes de la talla de Marcos Aguinis, Daniel Muchnik, Antonio Elio Brailovsky, Eliahu Tocker, Leonardo Senkman, Gerardo Yomal, Carlos Brocato y Elio Brat, y, luego, cuando retornó la democracia pasaron por sus páginas buena parte del que sería el equipo que comenzó con **Página/12**.

Algunos podrían considerar que este olvido tuvo que ver con que se trataba sólo de un diario que apuntaba a un núcleo pequeño (la comunidad judía), sin embargo, el otro gran luchador por los derechos humanos de la época, el **Buenos Aires Herald**, también estaba dirigido a un sector minoritario como era el de habla inglesa. A pesar de eso, se lo recuerda una y otra vez por su actuación durante la dictadura.

Ni siquiera las instituciones centrales de la colectividad rescatan su labor, al igual que ocurre con la mayoría de los libros que tratan sobre lo que debieron vivir los judíos bajo la represión del régimen militar.

La Daia, en la publicación que hizo para su 75° aniversario, no sólo no lo menciona ni siquiera una sola vez en la parte que le destina a la época, sino que además cita una solicitud que pagó para que saliera en todos los medios nacionales instando a no acudir al acto organizado por el Movimiento Judío por los Derechos Humanos (MJDH), del que Schiller era fundador junto al rabino Marshall Meyer. Se justificaba con el argumento de que era inoportuna "toda otra exteriorización pública que se realice fuera del marco de la



EL DIRECTOR. Herman Schiller recibió presiones de la misma comunidad para modificar la línea editorial del periódico.

El libro



Los judíos y la dictadura. Los desaparecidos, el antisemitismo y la resistencia (Editorial Vergara) 438 páginas.

comunidad judía organizada".

Esta omisión es fruto de la lucha que realizaron los dirigentes comunitarios de la época para intentar silenciar a Nueva Presencia desde su primer número, ya que desde su lanzamiento buscó romper el esquema tradicional de las publicaciones judías, más acostumbradas a los relatos de las actividades internas de la colectividad que a hablar de política nacional, economía y otros temas de actualidad.

"Nueva Presencia se propone convertirse en un foro de discusión pública a través de la armonización de dos concepciones (argentinidad y judaísmo) que, unilateralmente, distintas áreas consideran contrapuestos. Esta propuesta periodística tratará de ser profundamente argentina y considerará la problemática nacional –política, económica, social, cultural, científica, deportiva–, todas las veces que sea necesario, en la misma medida que intentará ahondar el análisis de todas las vertientes de la especificidad judía", afirmaba en el editorial con el que salió a la calle por primera vez, el 9 de julio de 1977.

Eso escandalizó a los miembros de las entidades centrales de la comunidad, quienes presionaron a Di Presse, la cooperativa que lo publicaba, para que dejara de hacerlo. Pero sus dueños decidieron seguir adelante gracias al éxito que había tenido.

"Estaba en el exilio en Alemania y fue una gran sorpresa cuando recibí el primer número de Nueva Presencia. Si se podían publicar estas cosas, y

estaba la valentía que tuvo (Herman) Schiller con sus colaboradores, se abría el camino hacia la democracia", sostuvo el escritor Osvaldo Bayer en el acto que realizó la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires para homenajear al periódico, el 9 de diciembre de 2008, en la puerta de la que había sido su redacción, en Castelli 330.

Schiller se fue metiendo lentamente en las temáticas vinculadas a las violaciones a los derechos humanos, en especial de la mano del caso del secuestro del director del diario **La Opinión**, Jacobo Timerman, quien era todo un referente dentro de la colectividad judía.

"Timerman era un paradigma y lo ayudé únicamente cuando estuvo preso. Dentro de la comunidad, los otros desaparecidos eran catalogados de terroristas. Él había defendido a Israel en la época de la guerra de Iom Kipur a través de **La Opinión**, por lo que nadie podía venir a decirme que era un terrorista de izquierda –recuerda su director–. Había desaparecido alguien de la comunidad oficial, de algún modo. Era la chicana mía para hablar de los desaparecidos, sin que me dijeran que era subversivo, que estaba haciendo terrorismo. Hablaba más de Timerman que de los otros porque me servía dentro de la comunidad, sin que me tocaran. Era una realidad: la guerra era despiadada".

Pero la radicalización de su discurso comenzó el 1° de julio de 1978, una semana antes de su primer aniversario, cuando habló abiertamente de los secuestros mientras el pueblo festejaba en las calles el triunfo en el Mundial de Fútbol que se había celebrado en el país. "Ahora, exorcizadas todas las ansias contenidas, viene lo más difícil: retornar a los grandes problemas del país, desde los desalojos hasta los desaparecidos", afirmaba en la tapa de esa edición.

Por ese entonces, había dejado de aparecer como un suplemento semanal del diario en idish, **Di Presse**, y comenzado a ser una nueva publicación independiente, impulsado por el éxito que había conseguido entre los lectores y auspiciantes.

Desde entonces, la presencia de las Madres de Plaza de Mayo, del Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, el rabino Meyer, los referentes de organismos de derechos humanos y políticos, que poco espacio tenían en otros medios, se fue tornando una constante en sus artículos y entrevistas donde siempre se hablaba de los secuestros y la represión. La profundización de su línea editorial hizo que Schiller recibiera amenazas, por las que debió dormir en la casa de distintos amigos por miedo a que se concretaran. Y no estuvo tan lejos de que esto ocurriera, ya que en 1981 explotaron dos bombas en los talleres Palermo y Cogtal donde se imprimía el periódico.

Pero las mayores presiones surgieron de los líderes comunitarios, quienes querían que bajara el tono de sus críticas. Como su director no claudicaba, comenzaron una campaña para ahogarlo financieramente e intentaron convencer a los avisadores de que

Las mayores presiones surgieron de los líderes comunitarios, quienes querían que bajara el tono de sus críticas. Como su director no claudicaba, comenzaron una campaña para ahogarlo financieramente.

levantaran sus anuncios. Esto se profundizó luego de que el MJDH realizara un acto con el lema: "Contra la discriminación y la plena vigencia de los derechos humanos" el 24 de octubre de 1983 frente al Obelisco, con la presencia de Meyer, Pérez Esquivel y Hebe de Bonafini. Le habían ganado la calle a la Daia y eso produjo un quiebre. Las críticas no lograron que menguara el tono de sus denuncias y gracias a que cada vez tenía más lectores no judíos y a la creciente publicidad que llegaba de empresas, negocios y profesionales, pudo sobrevivir y llegar hasta el retorno de la democracia.

Ese quiebre se mantuvo hasta que Schiller abandonó Nueva Presencia en 1987. El periódico siguió apareciendo hasta 1993.

SAQUEN UN LIBRO



ROGELIO DEMARCHI ESPECIAL

La generación del pulgar

La discusión sobre cómo impactan las nuevas tecnologías en la vida de los jóvenes y en toda la sociedad suma nuevas voces periódicamente. Uno de los libros más recientes que presenta sus argumentos optimistas es **Pulgarcita** (2013, FCE), del filósofo francés Michel Serres.

El título, aunque en femenino singular, señala a esa joven generación que hoy, en todo el mundo, activa con sus pulgares las teclas de sus teléfonos celulares para ingresar en un mundo virtual donde todo parece posible, aun cuando tenga un costo cognitivo difícil de evaluar.

"Las ciencias cognitivas muestran que el uso de la red, la lectura o la escritura de mensajes con los pulgares, la consulta de Wikipedia o Facebook no estimulan las mismas neuronas ni las mismas zonas corticales que el uso del libro, de la tiza o del cuaderno. Pueden manipular varias informaciones a la vez. No conocen ni integran, ni sintetizan como nosotros, sus ascendientes. Ya no tienen la misma cabeza".

Un lugar donde esa nueva cabeza muestra su funcionamiento, y genera más preguntas que respuestas, es el sistema educativo. Por un lado, esta nueva generación ha desacoplado el saber del esfuerzo: "Ya no tiene que trabajar duro para aprender el saber, puesto que ahí está, arrojado, ante ella, objetivo, recolectado, colectivo, conectado, accesible cuando se desea, ya revisado y controlado 10 veces".

Por otro lado, estaría demandando un nuevo tipo de docente: productor, ya no transmisor.

¿Qué le pasa hoy al docente transmisor? "Hasta esta misma mañana, un docente, en su aula o en el anfiteatro, entregaba un saber que, en parte, yacía ya en los libros. Oralizaba lo escrito, una página-fuente. Para esa emisión oral, pedía silencio. Ya no lo obtiene". ¿Por qué?

Porque la generación de Pulgarcita "no lee ni desea oír el escrito dicho", ya que da por sentado que a ese saber lo tiene a un doble clic de distancia en la Web, que ahora está en su celular.

¿Existe la posibilidad de que esta generación se calle dentro de un aula? Sólo si descubre que tiene a frente sí a un docente original, uno que se anima a inventar, a presentar una nueva síntesis, o a interrogar críticamente lo que se sabe, lo que dice todo el mundo.

Supongamos que Serres tenga razón en este punto y que ese nuevo docente esté disponible. Hay un problema más grave, de muy difícil solución: a esta generación le cuesta demasiado esfuerzo captar un concepto abstracto; cuando se le pide una definición de, supongamos, la belleza, en vez de explicar en qué consiste, da ejemplos, nos dice quién es bello o bella. No es lo mismo, por supuesto.

Serres sostiene: "no tenemos una necesidad obligatoria de concepto" y que, en su lugar, podemos abrirnos "a las modalidades de lo posible", esto es, "a los relatos, a los ejemplos y las singularidades, a las cosas mismas".

Pero eso significaría pasar del campo del concepto al campo del relato. Ya no habría un concepto de belleza, sino una suma de relatos. La generación del pulgar está en problemas y plantea problemas.



En **Pulgarcita** (2013, FCE), el filósofo francés Michel Serres se refiere a los jóvenes en todo el mundo que activan con sus pulgares las teclas de sus teléfonos celulares para ingresar en un mundo virtual donde todo parece posible. Esto tiene un costo cognitivo difícil de evaluar.